

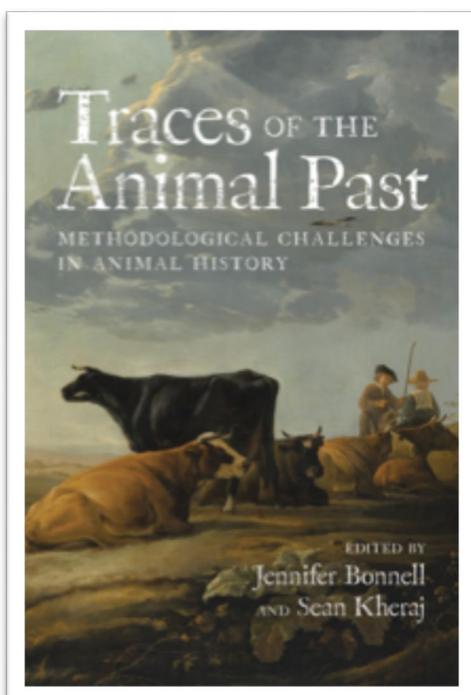
Bonnell, J. y Kheraj, S., eds. (2022). *Traces of the Animal Past. Methodological Challenges in Animal History*. Calgary: University of Calgary Press, 419 p.

Ricardo Ignacio Morales González

Pontificia Universidad Católica, Chile

<https://orcid.org/0009-0001-5459-3417>

rgmorales@uc.cl



Traces of the Animal Past. Methodological Challenges in Animal History, editado por los historiadores Jennifer Bonnell y Sean Kheraj, es una obra colaborativa que tiene como objetivo principal poner en evidencia los desafíos, las posibilidades y las problemáticas metodológicas existentes en el subárea de los estudios históricos sobre los animales. Mediante la recopilación de diecisiete ensayos originales, se presenta un volumen abundante en experiencias y propuestas que sitúan a especies no-humanas como parte central de la narrativa histórica. Sin el imperativo de

establecer cánones y procedimientos rígidos, el lector podrá encontrar diálogos y cruces de ideas y propuestas entre los autores invitados y nuevos alcances de la historia animal en el camino trazado por estos.

Desde sus comienzos a finales del siglo XX, el rol de los animales en la Historia despertó inquietudes. Su presencia —o ausencia— en las fuentes, su capacidad de “agencia”, el acceso a su perspectiva y la interpretación de sus códigos, se alzaron como problemáticas generales. Los editores, establecen estas cuatro inquietudes como base transversal del texto y estas son observables en los momentos en que cada investigador/a indica las dificultades afrontadas y cuáles fueron las propuestas metodológicas planteadas como solución. Las investigaciones reunidas, localizadas en su mayoría en Norteamérica entre el siglo XIX y la actualidad, son organizadas a partir de cinco secciones establecidas a partir de similitudes en el trabajo metodológico.

Las partes uno, dos y tres, pueden ser agrupadas como un conjunto ya que abordan las implicancias de la presencia —o ausencia— de lo animal en los documentos. La centralidad de estas investigaciones se focaliza en las fuentes, problematizando cómo a partir de estas se pudo reconstruir la historia animal. Las partes cuarto y cinco, por otro lado, comparten diferentes experiencias de técnicas metodológicas tales como herramientas de interpretación visual, digitales, museográficas y trabajo de campo.

La primera sección enfatiza en cómo la corporalidad animal puede constituirse como fuente de información capaz de indicar la experiencia de estos. Sandra Swart, estudiando takhis y caballos domesticados, propone que sus cuerpos y su relación con los jinetes, presentan rasgos comunicativos en los que se manifiesta la vivencia sensorial del animal. Lindsay Stallones también estudia el cuerpo equino como fuente histórica pero propone una interpretación por medio de la experiencia y conocimiento de las culturas indígenas norteamericanas. Jennifer Bonnel, estudiando las abejas y apicultores dentro de la producción de miel en el territorio de los Grandes Lagos a finales del siglo XIX, señala que el estudio de los cadáveres de los insectos permitió establecer medidas para cuidarlos y así proteger la miel.

El segundo tramo de la obra recoge artículos en los que se exponen fuentes poco convencionales y cómo, a partir de estas, se construye una historia animal. Susan

Nance indica que las redes sociales y el contenido digital le permitieron estudiar las transformaciones en la relación entre humanos-perros galgos en Estados Unidos desde finales del siglo XX. Jody Hogins, se remonta a la ruralidad de la Canadá decimonónica para indicar que los manuales veterinarios y las prácticas de salud animal no-institucionalizadas explican era la vida de las especies campestres. George Colpitts, analiza las disputas generadas por los detractores del uso de pieles en contra de la Hudson's Bay Company y, de qué manera, con el fin de legitimar sus respectivas posturas, se utilizaron los animales como recursos narrativos y metafóricos dentro de relatos ficción.

La tercera parte aborda la problemática de reconstruir la historia animal reconociendo su invisibilidad en los archivos. Catherine McNeur aborda la controversia entomológica generada por Margarretta Hare Morris al estudiar la mosca del trigo en el siglo XIX. Al proponer nuevos indicios, las postulaciones de Morris fueron abiertamente rechazadas por sesgos de género, significando un vacío documental irrecuperable en el estudio científico de la especie. Joanna Dean utiliza las cobayas y su ocultamiento en los registros científicos en Canadá durante el siglo XX para indicar que su ausencia no es azarosa. Esta respondería más bien a una estrategia comunicacional frente al cuestionamiento de la vivisección. Jason Colby estudian el delfín Tuffy y reflexiona sobre el programa de Animales Marinos de la Marina de Estados Unidos entrevistando a uno de los veterinarios que trabajaron con Tuffy para rescatar su experiencia. Por último, Nigel Rothfels plantea las dificultades que ha enfrentado en su estudio sobre los elefantes y cómo, por medio de fuentes poco convencionales y enfoques interdisciplinarios, logra reconstruir historias de algunos individuos de esta especie en escenarios circenses norteamericanos.

La cuarta sección expone las herramientas de análisis espacial como instrumentos capaces de brindar información visual sobre los animales. Colleen Campbell y Tina Loo indican que el uso del Sistemas de Información Geográfica (GIS) les ha permitido reconstruir la historia de los osos grizzli de Alberta por medio de sus rangos de movilidad. Sean Kheraj también utiliza herramientas GIS para reflejar la presencia de animales en zonas urbanas norteamericanas del siglo XIX, estableciendo que la ubicación de dichas especies obedece al aprovechamiento

humano. Andrew Robinchaud retoma lo urbano, específicamente en San Francisco, indicando que el análisis espacial permitió visualizar que la ubicación periférica de los mataderos responde a críticas hacia la crueldad animal. Emily Wakild ofrece un nuevo escenario geográfico al trabajar lo que denomina como “diáspora de la llama” indicando que la movilidad de los auquénidos, desde Sudamérica, se debe a intenciones humanas proyectadas desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad.

La quinta sección indica experiencias diferentes en las que la visualidad, pictórica o escénica, permite el acercamiento de nuevos interesados al área. J. Keri Cronin enfatiza en que el análisis visual, en material que presente animales, puede ser capaz de brindar información, siempre y cuando estas imágenes estén contextualizadas. Jay Young reconstruye el origen y desarrollo de la exposición “Animalia: Animals in Archive” que tuvo lugar en Ontario durante 2018. Mediante la escenografía, se invitó a los asistentes a pensar que los animales forman parte de la Historia de la ciudad. Por último Dolly Jørgensen, analizando las escasas piezas de taxidermia de los extintos antílopes azules, da cuenta de que se pueden utilizar estos materiales para impulsar reflexiones en los asistentes sobre las consecuencias de usos humanos hacia los animales.

El volumen cuenta con numerosos elementos destacables. En primer lugar, la mayor parte de los autores se refiere de manera directa a las investigaciones realizadas por sus pares al interior de la obra (algo que no siempre ocurre en los volúmenes colectivos). Esto permite comprobar que el texto presenta efectivamente un diálogo entre los participantes y no se limitan a seleccionar propuestas aisladas sin cohesión interna. En segundo lugar, la presencia de contenido visual es un acierto porque exponer las fuentes utilizadas a la vez que le permite al lector conocer el trabajo metodológico detrás de las contribuciones. Finalmente, uno de los aspectos más consolidados del texto, es la coherencia interna de los ensayos sobre las inquietudes de la historia animal planteada por Bonnell y Kheraj en la introducción. En cada capítulo se encuentran referencias a estos temas en específico sobre los problemas en el uso de fuentes y la documentación.

Hay asimismo elementos a considerar. Si bien se reconoce que el estudio histórico de los animales está en desarrollo y que requiere profundización, el volumen carece de una bibliografía general que permita al lector nutrirse de otros textos. Considerando además que se plantean problemáticas transversales, la presencia de lecturas recomendadas podría haber beneficiado y facilitado el acercamiento de potenciales interesados. En paralelo, y pese que se declara desde las primeras páginas que las investigaciones se concentran en América del Norte — específicamente Canadá—, el margen espacial abarcado puede significar uno de los aspectos menos atractivos del trabajo. Esta estrechez también se hace presente en lo que se refiere a otras experiencias de animales trabajadas ya que en su mayoría se abordan situaciones de tenencia de animales, solamente abordándose la realidad de especies salvajes en cinco ensayos.

Los ensayos reunidos en este volumen sugieren que la historia de los animales es posible en cuanto esta se entiende como una red de relaciones inter-especies de las cuales se desprenden prácticas, simbolismos y vínculos. A su vez, como enfatiza Harriet Ritvo en el epílogo, se reconoce la necesidad que tiene esta área de colaborar con otras disciplinas afines que permitan compensar las falencias del trabajo individual. En este sentido, una de las grandes conclusiones que plantea el volumen es que la historia animal requiere la participación humana como mecanismo de interpretación documental. *Traces of the Animal Past* logra posicionarse como una lectura coherente y enriquecedora en la que se manifiesta que, pese a las dificultades inherentes, es posible construir una historia sobre (y con) otras especies.